

FM/965

SERMON
QUE EN LA SOLEMNE FIESTA
QUE EL M. I. CUERPO COLEGIADO
DE LA NOBLEZA DE MADRID

CONSAGRÓ

À SU PATRONO S. ILDEFONSO
EN LA REAL IGLESIA DE MONSERRAT,

EL DIA 30 DE ENERO DE 1877,

PREDICÓ

D. Emilio Santa María Torre,

PREDICADOR DE S. M., SU CAPELLAN DE HONOR HONORARIO,
Y DE NÚMERO EN LA PARROQUIA DE SANTA CRUZ
DE ESTA CORTE.



MADRID.

IMPRESA DE ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEbro,
Bordadores, 10.

1877.

FM/965

SERMON
QUE EN LA SOLEMNE FIESTA
QUE EL M. I. CUERPO COLEGIADO
DE LA NOBLEZA DE MADRID

CONSAGRÓ

À SU PATRONO S. ILDEFONSO
EN LA REAL IGLESIA DE MONSERRAT,

EL DIA 30 DE ENERO DE 1877,

PREDICÓ

D. Emilio Santa María Torre,

PREDICADOR DE S. M., SU CAPELLAN DE HONOR HONORARIO,
Y DE NÚMERO EN LA PARROQUIA DE SANTA CRUZ
DE ESTA CORTE.



MADRID.

IMPRESA DE ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEbro,

Bordadores, 10.

1877.

Ayuntamiento de Madrid

AL M. I. CUERPO COLEGIADO DE LA NOBLEZA DE MADRID,

le dedico este mi pobre trabajo. Nada absolutamente vale. Está hecho, teniendo en la una mano el libro de su historia y en la otra los escritos de los más eminentes apologistas de las glorias de S. Ildefonso. Si algún mérito tiene, es el que le dá la bondad y benevolencia con que hoy aquella Ilustre Corporacion me lo pide, y la abnegacion y el gusto con que se lo dedica y entrega



Emilio Santa María



Laudemus viros gloriosos... homines magni virtute, et prudentia sua praediti... omnes isti in generationibus gentis suae gloriam adepti sunt, et in diebus suis habentur in laudibus.—ECCLI. verba, cap. 44, vers 1, 4 et 7.

Alabemos á los varones ilustres... hombres grandes en virtud y adornados con prudencia... Todos éstos alcanzaron gloria en las edades de su nación, y en sus dias son celebrados.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES (1) :

Pocas veces, al subir á la cátedra de la verdad á predicar la palabra santa, ha latido mi corazon con más violencia que hoy, en que lo hago para cantar las glorias que guarda nuestra España en sus altares y en las páginas más bellas de su historia. De la una parte, la grandeza de estos asuntos; de la otra, la magnificencia de estos solemnes cultos, y más que nada mi pequeñez, mi miseria y mi insuficiencia, me arredran, me confunden, me hacen estremecer; y seguramente yo enmudecería, si estas mismas circunstancias no me dieran fuerzas en mi grande desaliento.

Al levantar, temblando, con medrosa mano la punta del tupido velo con que se encubren aquéllos, encuentro, Señores, al Arzobispo de Toledo San Ildefonso y á la Nobleza madrileña á quien él patrocina: al ver la magnificencia de estos cultos, mi corazon late de júbilo el más grande al contemplar, que partiendo de ésta los obsequios que á aquél hoy se consagran, ella, con un silencio más elocuente que toda palabra, da un mentís solemne á quienes la presentan

(1) Asistía el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo auxiliar de Madrid.

reñida con la virtud; y al leer en las Escrituras santas que Dios, siempre y en todos tiempos, hasta á los más pequeños enseña sus maravillas, me animo á cantarlas todas en esas glorias que están tan enlazadas con nuestras propias glorias.

Por eso, señores, llamado, aunque sin pretensiones y sin mérito alguno por mi parte, á ser en esta mañana el intérprete de vuestros sentimientos, esta solemnidad tiene para mí un doble carácter, y por consiguiente una doble importancia. Primera: la importancia de la Religión enaltecida con las preclaras virtudes de sus hijos; segunda: la importancia de este ilustre Cuerpo, que cobijándose por él, bajo el manto civilizador del catolicismo, lo elige por su Patrono. Han pasado las generaciones en corriente impetuosa, no queda de los siglos más que su orden numérico y unos cuantos hechos y unas cuantas palabras, que no sé decir, si más bien que gloria, son acaso el oprobio de la pobre humanidad; héroes que llenaron en otro tiempo el mundo con la fama de su nombre; hechos de esforzados campeones á quienes vieron sus hermanos como á seres privilegiados; sacrificios hechos en favor de los pueblos, á los que respondiera un éxito favorable y el aplauso de las muchedumbres; todo, señores, todo absolutamente ha desaparecido, y para las generaciones de hoy, aunque fuesen un poco más agradecidas al pasado, el libro de la historia no es, como debiera, el libro de los afectos inmortales, sino el libro de una curiosidad tan fácil de disipar como se disipa el humo al impulso del huracanado viento.

Sólo una cosa, señores, se hace inmortal: la virtud, que sobrevive á la muerte de los imperios; y con ella la hidalguía, la caballeridad, la verdadera nobleza, que es el fondo inalterable de la gloria, que no puede ser disminuido por las miserias de la fortuna. Los pueblos no desconocen las prerogativas que, perfeccionándola, la elevan hasta los mismos cielos y la ciñen con coronas tejidas por las manos mismas de los ángeles. Hay, señores, una especie de glorificación para la misma naturaleza racional en la vida de los Santos, que hace para nosotros simpáticas sus fiestas y muy necesario su patrocinio. ¿Cómo podremos explicar si nó el incesante anhelo y la santa alegría con que el Ilustre

Cuerpo Colegiado de la Nobleza Madrileña toma parte en la gloria de San Ildefonso, su titular y su patrono, sin cansarse un año y otro año de doblar la rodilla ante su altar, cuando tan fácilmente se olvidan los nombres de aquéllos á quienes el mundo llama sus héroes? ¡Ah señores! es que existe entre los dos una oculta simpatía: más claro, una especie de significacion misteriosa; porque si la Iglesia consagra sólo la verdadera grandeza escribiendo á la luz de sus altares el nombre de los Santos que los iluminaron con el resplandor de sus virtudes, y salvaron la sociedad con el heroísmo de sus hechos, como dice elegantemente un escritor contemporáneo; las instituciones conservan siempre en las primeras páginas del libro de su historia, el nombre de aquéllos á cuya sombra viven, crecen y se desarrollan: si decae la grandeza que la Iglesia no consagra, si se oscurecen las glorias que ella no mira como suyas, si se olvidan los nombres de cuya inmortalidad no cuida la fe; las instituciones aspiran á immortalizar el nombre de aquellos seres que honraron la cuna donde nacieron, y levantan monumentos á su esclarecida memoria. Así se comprende hoy, señores, esta casi regia solemnidad. El Patrono habla por los patrocinados, los patrocinados por su Patrono. Ildefonso, arzobispo de Toledo, representa á la nobleza enaltecida por la virtud; ellos, á la virtud enaltecida por la nobleza.

Está trazado el plan del discurso.

Dadme, Dios mio, vuestra santa inspiracion.

Y vos, Señora, ayudadme con vuestra gracia. Quiero cantar las glorias de aquel vuestro hijo predilecto que supo alzar bandera contra la herejía para defender vuestra virginal pureza, unidas á las de aquéllos vuestros esforzados paladines y valientes campeones, que más de una vez vencieron en cien combates á los que hacían ocultar vuestras imágenes, y amancillaban vuestro nombre. Pedid para mí al Señor la gracia que necesito; y mientras cual otra Ester, os presentais ante el divino Asuero, para alcanzarnos lo que os suplicamos, trasladando al labio el eco de nuestro corazon, os damos gracias con una oracion la más sublime, con una oracion la más hermosa; no es de la tierra, es del cielo; no la dijo el hombre, la dijo el ángel. Repetidla, amados míos. *Ave Maria.*

*Laudemus viros gloriosos...homines
magni virtute, et prudentia sua præ-
diti... omnes isti in generationibus gen-
tis suæ gloriam adepti sunt, et in diebus
suis habentur in laudibus. ECCLI. verba,
cap. 44, vers. 1, 4 et 7.*

Alabemos á los varones ilustres...
hombres grandes en virtud y adorna-
dos con prudencia... Todos éstos alcan-
zaron gloria en las edades de su na-
cion, y en sus dias son celebrados.

I.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

Todo cuanto tenga en cualquier sentido conexion con las ideas de nobleza, de poder ó de gerarquía, bien sea en el órden civil, en el órden religioso ó en el órden social, tiene en estos tiempos una importancia tal, que por necesidad debe ser tratado con delicadeza suma. En un siglo que se distingue de todos los siglos por haber aceptado el pecado original con todas sus consecuencias; en una época llamada de igualdad, que parece como el punto donde se han dado cita todas las fuerzas para combatir todo aquello que trasiende á privilegio, sin respetar ni el origen de que proceden, ni las causas que lo motivaron, hay que ir con mucho tino para ensalzar su grandeza, y van los tiempos muy acelerados en su camino de destruccion y de trastorno, para que el sacerdote, cuya mision es, segun la bellísima frase de un escritor moderno, esencial y eminentemente conservadora, deba dar con ignorancia ó con imprudencia, nuevo empuje al ariete que hace tres siglos viene golpeando las murallas de la sociedad. Aun entre los ángeles hay jerarquías: y entre los hombres son de pública y social necesi-

dad: los que de cualquier modo las combaten, los que mirando como odiosos los privilegios y las clases sociales, intentan establecer una igualdad imaginaria, quieren reformar la obra de Dios, y llamándose socialistas, destruyen la misma sociedad: los que no quieren á los reyes, no quieren á los súbditos; los que no quieren á los grandes, no quieren á los pequeños; egoistas, se quieren sólo á sí mismos; y la grandeza que anhelan arrancar de aquéllos en cuya familia la ha colocado una severísima justicia, ¡miserables! se la aplican á sí propios, para presentarse luégo á los ojos del pobre pueblo á quien engañan, y de quien se sirven como de instrumento, representando los mismos papeles que ántes tanto codiciaban cuanto decían aborrecer, el del Rey á quien destronaron, el del noble al que intentaron envilecer, llegando á ser hasta tiranos y verdugos de sus mismos hermanos: posicion no envidiable por cierto, en que su misma desmedida y criminal ambicion les constituye.

Es preciso, señores, que existan estas desigualdades sociales: ellas entran en el plan sublime de la Providencia: y cuanto se hable ó se diga de nivelacion de fortunas y de estados, es la aberracion más monstruosa que ha podido concebir la inteligencia del hombre: por más que discurremos, por más que digan los modernos niveladores, que no empiezan, por cierto, á practicar sus teorías, repartiendo su fortuna con el pobre artista, cuyo rostro manchan con el lodo que levantan el trotar de sus caballos ó las ruedas de su carruaje, siempre habrá grandes y pequeños, estado noble y estado llano, aristocracia y democracia, siervos y señores, aunque esté por decir que todos somos siervos, porque si subimos al escalon más alto de la gerarquía social, allí nos encontraremos al Rey á quien todos sirven, al Dios á quien todos temen. Ante José doblaba la rodilla Egipto todo, y José servía á Faraon, y Faraon á Dios, cuyos prodigios tan palpablemente veía.

¿Pero, acaso, estas distinciones autorizarán al que es más, para humillar al que es ménos? ¡Ay! eso nó. Todo ménos que eso, señores.

Nadie más noble, nadie más grande que Dios: como que todo lo es por sí, mientras que las criaturas lo son todo por Él: y si Dios no teme envilecer su nobleza, ni disminuir su

poder, ni rebajar su autoridad cuando desciende á socorrer al hombre, ménos debe temerlo el hombre á quien, por noble que sea, le da su nobleza Dios. Yo creo, señores, que si aumento cupiera en lo que es infinito, y si engrandecerse pudiera lo que es inmenso, la soberanía de Dios recibiría nuevo incremento y su poder adquiriría mayor realce, cuando se emplea en derramar sus beneficios en favor de la humanidad, del mismo modo que se enaltece la nobleza del hombre cuando obra en bien de sus hermanos: porque su misma nobleza, su autoridad y su poder, no son otra cosa que la manifestacion de la bondad y de los bellísimos sentimientos con que Dios ha enriquecido su corazon: este es, señores, el tipo de la verdadera nobleza; lo opuesto es contrariar visiblemente los planes de la Providencia, es abusar de una posicion á la que van ligados los más sagrados deberes, es convertir en instrumento de mundano orgullo, lo que debe ser un incesante himno de accion de gracias al Dios que lo concede: no hay monstruo más perjudicial para el corazon humano que el orgullo: con su sombra se eclipsan todos los lucimientos, la sencillez es la idea más característica de la verdadera nobleza: aquélla y la modestia son en ésta las preciosísimas monedas con que en el mercado de la virtud se compran los afectos, al tiempo mismo que el orgullo enfría y debilita los cariños; porque las encendidas llamas que abrasan un pecho orgulloso, son, señores, ó hachas lúgubres que alumbran con pálida luz el funeral de su gloria, ó melancólicos fenómenos que vaticinan el inmediato estrago de su nobleza.

La nobleza sin virtud no es nobleza. La virtud, dice un escritor sagrado, es la sal que la preserva de la corrupcion; la virtud es la que da mérito á la sangre, y la que sobre las casas pone timbres que no se borran jamás. Nobleza sin virtud, no es nobleza: es una flor, pero sin fragancia; es un astro, pero sin resplandores; es un cuerpo, pero sin alma; es un árbol, pero sin frutos; es una gloria, pero sin inmortalidad; es un título que se lleva, pero es una honra que no se gana; es una posicion que se trasmite, pero no es una honra que se merece.

¡Hijos-dalgo de Madrid! No fué así la nobleza de Ildefonso; no es así tampoco, gracias al cielo, la vuestra.

Noble vuestro esclarecido Patrono por su nacimiento, lo fué tambien por las virtudes; creció en medio de las delicias de la piedad, porque en los que son desde su cuna nobles, tiene la educacion que desarrollar con su calor el germen de los nobles sentimientos que en su corazon ha depositado su alcuernia. Aún más que otros, necesitan los nobles y los poderosos que presida á su educacion una religiosa escrupulosidad, por lo mismo que los halagos del mundo, que le alejen del bien, han de ser luégo más continuos: el hijo de un noble es una nave que se destina á recorrer los más procelosos mares; por eso requiere más sólida construccion: por eso los padres de Ildefonso, confiándole á los cuidados del grande Isidoro, Arzobispo de Sevilla, hicieron de él una lucerna de hermosísimos resplandores en el monte Agaliense, y un astro de primera magnitud en la silla arzobispal de Toledo. Más de mil y cien años nos separan de su época, y aún percibimos el aroma de su virtud, y nos sirve de luz su ciencia, y de modelo su ejemplo. Estamos, señores, al fin de una jornada que nos empeñamos en iluminar con resplandores más ponderados que positivos, y aún volvemos la cabeza hácia aquellas piedras miliarias, como las llama un apologista del catolicismo, que en el trabajoso camino de la humanidad salvaron en otro tiempo al viajero, y pueden salvarlo ahora de los peligros que trae la oscuridad de la noche y la inundacion de las tempestades. Las figuras de que habla Homero, que parecen mayores cuanto más nos alejamos de ellas, podrían ser y son, señores, una representacion, aunque imperfecta, de la gloria de nuestro Santo, más visible, más admiranda y más admirable, cuanto es más grande la distancia que nos separa.

San Ildefonso es una de las figuras más nobles y más simpáticas de la Iglesia del Señor. Hallábase ésta en el siglo VII de sus luchas: seiscientos años llevaba sometida á rigurosísimas pruebas, y como su Esposo en el día de sus bodas, le había dado por arras una cruz, y por diadema una corona de punzantísimas espinas; la cuchilla de los perseguidores, los sofismas de los filósofos, y los estragos de la herejía, habían sido sus más implacables enemigos: y como el período que atravesaba por entónces la sociedad europea, era el más á propósito para que la ignorancia y las

tinieblas que ella trae consigo se extendiesen por la tierra, se extendieron, señores, se extendieron, pero para ser contenidas por Ildefonso, cuyo nobilísimo corazón le llevaba al bien, y que aterrado ante el cuadro desolador que aquella le presentaba, había corrido á encerrarse al Monasterio de San Cosme y San Damian, como la paloma que se refugia en el arca por no tener en la tierra donde poner su pié, aunque á diferencia de aquélla, saliera, señores, cuando ésta se encontraba inundada con más terrible diluvio.

¿Quereis verlo nadar sobre sus aguas? ¿Quereis ver un hombre que, tocando únicamente con sus pies la tierra, personifique la verdadera nobleza en la elevacion de sus pensamientos hasta el cielo, para extraer desde allí los tesoros de gracia y de salud que deben fecundizar aquella? ¿Quereis hallar y admirar la nobleza enaltecida con la virtud? Ved, amados míos, ved á Ildefonso, y encontraréis en él de seguro, palpable esta verdad. ¿Qué hubo, señores, en su corazón, como afirma un cantor de sus glorias, más que perdón para el delincuente, tolerancia para el extraviado, generosidad para el vengativo y ternura para todos? ¿Quereis ver enaltecida más y más esta nobleza, en la abnegacion, en la modestia y en la humildad?

Había muerto, señores, Eugenio III de este nombre en la silla arzobispal de Toledo, y el Rey, y el clero, y el pueblo, vieron en Ildefonso á su digno sucesor: en vano es explorar su voluntad; se niega abiertamente á aceptar tan altísima dignidad; pero cuando comprende que con su negativa contraría las disposiciones del cielo, se resigna á cumplir sus órdenes.

En puesto tan elevado, donde por lo tremendo del cargo tiemblan poner sus ojos los mismos ángeles, Ildefonso fué modelo de nobleza y santidad. Si algunos blasfemos mal avenidos con su bien eterno, resucitando las antiguas herejías de Elvidio contra la perpétua virginidad de la Madre de Dios, al difundirlas por nuestra España intentan amancillar sus glorias, Ildefonso les combate con su celo; no sólo lanza muy lejos á estos agentes del infierno, sino que promueve por esto más y más la devoción á la Santísima Virgen. Con sus palabras destruyó á aquellos monstruos, dió mandamientos á su pueblo, cantó en María las glorias de

Jesús, y vencedor en la lucha que contra estos enemigos sostuviera, ostenta por trofeo de la victoria la casulla con que la misma Virgen por sus propias manos le invistiera, y el título augustísimo de su capellán con que le han venido honrando, y le honran, y le honrarán, todas las generaciones.

Gloria, pues, al ilustre Arzobispo de Toledo, gloria al nobilísimo paladín de la más pura y santa de las vírgenes, gloria al genio inmortal, á quien tanto deben nuestra Religión y nuestra patria: y honra, prez y eterna fama al Ilustre Cuerpo Colegiado á quien patrocina, que supo con su virtud enaltecer su nobleza.

Descansemos un momento.

II.

Hay dentro de nuestro propio sér un sentimiento tan grande como admirable, móvil de las acciones heroicas y fecundísimo principio, del cual han partido siempre y en todo tiempo aquellos grandes acontecimientos, que forman época en la historia del mundo, y será mientras el hombre exista, el que promueva en él y le inspire ideas análogas á este resultado. Nacido de nuestra propia conciencia y sensible á cuanto está en oposicion con el bien, llega á tal punto el interés con que se le considera, que cegados por la ilusion con que algunos le miran, se ve destruido á las veces por las viciosas aplicaciones que se le dá, y teniendo por fundamento y base á la virtud en su más elocuente manifestacion, faltando ésta, deja de ser, porque le falta vida; y viviendo ésta, engendra el valor, la fortaleza, el heroísmo. Este sentimiento es el honor: sus hijos legítimos, esos hechos admirables que dieron á sus héroes incomparable renombre.

El honor y la virtud en admirable consorcio producen la verdadera nobleza; hé aquí, señores, los dos grandes y luminosos faros que nos guían en nuestras investigaciones:

hé aquí la luz que nos alumbra para leer la historia del Ilustre Cuerpo Colegiado de la Nobleza Madrileña. De ésta, como de misteriosa escala, nos serviremos para subir desde los hechos gloriosos á la aplicacion del principio que los inspira, y para descender á la comprobacion del principio por la aplicacion de estos mismos hechos.

En su marcha majestuosa las sociedades se transforman, y de las ruinas de la que ha perecido nace y se levanta otra nueva. Pasan, Excmos. Sres., pasan esos eslabones de la cadena del tiempo que llamamos siglos; se sustituyen formas distintas en la gobernacion de los Estados, se ensañan los ánimos, y las discordias políticas encienden guerras fraticidas; cae un cetro, rueda una corona y se levanta un trono; pero al través de estas desapariciones, en medio de estas mudanzas y entre tantos trastornos, en nuestra España, señores, una cosa permanece en pié caminando constantemente hácia un fin noble, alto, eminente, civilizador; el Cuerpo Colegiado de la Nobleza Madrileña, donde tantos hombres pueden ser considerados como un solo hombre, donde todos juntos son un gigante inmortal, que camina dejando tras sí la huella del pasado, con un pié en el presente y levantando el otro para ponerlo en el porvenir.

Conociéndolo tan sólo Dios que guiaba secretamente el movimiento, avanzaba, señores, avanzaba á su fin un pueblo del mundo ambicionado, una nacion en grupos dividida. Despues de la proclamacion del catolicismo en las naciones, la antigüedad se convenció que llevaba dentro de sí un principio insuficiente para sostener la vida; y que eran necesarios, de todo punto necesarios, otra idea, otra religion, otros principios, otra civilizacion, si la humanidad había de ir marchando hácia su cumplido perfeccionamiento.

Pasemos por alto ciertos hechos para fijarnos en un acontecimiento importante. El robusto imperio de Occidente, iniciado por el aventurero Alarico, comenzado en España por Ataúlfo, proseguido por Walia, hecho estado bajo Teodoredó, redondeado en la Península por Eurico, esplendente bajo Leovigildo, católico bajo Recaredo, completado por Suintila, conservado por Chindasvinto, restaurado por Wamba, y degenerado y flaco bajo Égica y Witiza, sucumbió con su rey D. Rodrigo en las revueltas aguas del

turbio Guadalete. Tan cierto es, señores, que los pueblos y los reinos y los Estados tienen su aurora, su cenit y su ocaso, y que éste en algunos suele ser terrible.

Roma tuvo su Atila; España, su Mahoma; un estrecho de mar no más separaba á los árabes del muerto reino Godo; la venganza y la traicion les dieron remos para cortar sus aguas, y el sol del 30 de Abril del año 712 alumbró el desembarco de los nuevos huéspedes en Algeciras y al pié de la gran roca de Gibraltar. No vienen éstos, dice un historiador moderno, como los septentrionales ganados al cristianismo; no traen por símbolo la cruz, sino la cimitarra; su culto, el de Mahoma; su dogma, el fatalismo; su moral, la del deleite; su principio político, el despotismo; su pensamiento, acabar con todo lo que no sea el Coran.

Como bandada de hambrientos buitres caen sobre la Península. La Nacion ha desaparecido. ¿Volverá á reaparecer? Volad, génios del bien, volad y decid á los incircuncisos que hay todavía Dios en Israel, y que no se gocen en su invasion, aunque se vean en el dia de su aparente triunfo.

La inundacion se detiene ante una cordillera de montañas, á cuyas espaldas se escondía un pobre rincon de nuestro suelo, á quien acaso despreciaron por su miseria: é ignorantes de la vida del presente y sin una lengua amiga que les contara la historia del pasado, seguramente no sabían, que en lo más oculto de aquellas estrechas gargantas, había un pueblo que retó á Roma cuando era Roma la señora del mundo; un pueblo á quien su fe y su patriotismo habían unido para salvar su independencia y sus santas libertades; un pueblo que allí guardaba un sacerdocio, un trono, un rey y una monarquía, que si estaba tan humilde con Pelayo en Covadonga, soberbia se había de levantar con Isabel en Granada.

Los hechos comprobaron esta verdad; Alfonso I, el Temido, les enseñó que no es sólo en los riscos donde saben vencer los cristianos: Alfonso II, el Casto, los derrota en Lutos y en Galicia: Alfonso III, el Grande, lleva sus huestes más allá del Guadiana: Alfonso V el de los buenos fueros de Leon, los sitia en la Viseo de la Lusitania: los Berengueres de Cataluña dominan desde Rosas hasta la embocadura del Ebro: Sancho de Navarra, padre de reyes, hace á Fer-

nando primer rey de Castilla, por su casamiento con doña Sancha, se ciñe la corona de Leon, y somete á tributo á los emires independientes de Zaragoza, Toledo, Badajoz y Sevilla: y Alfonso VI, rey de Castilla, de Leon y de Galicia, les arranca á Toledo, baluarte más inexpugnable de la España Sarracena, despues que Ramiro II, franqueando la sierra de Guadarrama, marca fronteriza, digámoslo así, por la parte de Castilla entre moros y cristianos, había cargado sobre Madrid, destruyendo sus muros, pasando á cuchillo su guaricion y habitantes, y franqueando de este modo al rey D. Alfonso su triunfal entrada.

No nos paremos en el sueño aparente de este Rey en el jardin florido de Brihuega; ni tampoco en la dramática manera con que algunos historiadores nos pintan el asalto de la pobre villa del Manzanares, de la antigua Magerit, hoy capital de nuestra hermosa España, cuando nos pide una lágrima de amor y un tributo de admiracion la sangre de Vargas, de Merlo, de Quintana, de Jimenez, de Rivadeneira, de Enriquez, de Gudial y muchos otros; cuando adquiere un eterno renombre la Nobleza de Madrid, en un Vargas, que escala las murallas, sin más auxilio que su daga introducida en la juntura de las piedras.

A mí no me extraña tanto arrojo: los nobles Madrileños representaron entónces el triple sentimiento de la religion, de la patria, y de su santa independencia; y este triple sentimiento, en oposicion á la triple esclavitud del mahometano, necesariamente les inspiraba un valor incalificable y una nobleza á toda prueba.

Por eso, reconocido el Rey confió la defensa de Madrid á aquellos ilustres Caballeros, ya llamados hijos-dalgo de la Villa; y ellos le acompañaron en la conquista de Toledo, y cuando la suerte abrió tumba en Ucles en la batalla de los siete Condes al infante D. Sancho, al conde de Cabra y á muchos esforzados paladines, Enriquez y Rivadeneira, nobles hijos-dalgo de Madrid, compartieron con ellos la gloria de aquella tumba. Pelearon, señores, como bravos; la patria no se avergonzará de haberlos llamado sus hijos; adversa la fortuna les postró sin vida en su camino; murieron como buenos; como el marino que despues de haber hecho el último esfuerzo contra la tempestad, aguarda resignado

y casi indiferente la ola que ha de sumergirle en el profundo abismo, tranquilos sucumbieron, sin que tan terrible contratiempo templara el ardor de sus hermanos, que probaron otra vez á Alí ante los muros de Madrid, el valor que inspiraba la nobleza á los valientes hijos-dalgo de esta tierra.

¿Quereis ver más comprobada esta verdad? Seguidlos con Alfonso VIII: pero no los busqueis en medio de las luchas ambiciosas de los Laras y de los Castros, nó. Si oís un grito de guerra, que partiendo desde Marruecos vomita toda la furia de Almanzor en contra de los cristianos, emplazándoles para el miércoles 19 de Julio de 1195, en el altozano de la fortaleza de Alarcos, y si allí otra vez contraria la fortuna, veis al Rey abatido por el infortunio, junto á él encontraréis á la nobleza madrileña, y la encontraréis en Cuenca, en Trugillo y en Medellin; y en Alarcon veréis á un Martínez de Ceballos solo, escalando sus muros y sosteniéndose en las piedras, para facilitar al monarca de Castilla la entrada en el castillo, humillando para siempre la soberbia de los musulimes, y haciéndoles perder toda esperanza en la reconquista de Toledo.

Fijos, siempre, señores, en aquella idea, que les enseñaba que, despues de la divina gracia, son la nobleza y el honor los más preciosos tesoros que puede poseer el hombre sobre la tierra, para conservarlos no tuvieron inconveniente en derramar, otra vez más, su sangre al lado de su Rey. Con él se pusieron sobre Calatrava defendida por Aben-Cadis, terror de aquella frontera. Nada les importa que un puñado de cobardes, y no de ellos, les abandonen; en ellos podrá disminuir el número, pero nó el valor. D. Diego López de Haro con su hijo y sus sobrinos, visera calada y lanza en ristre, acometen valientes á la caballería de los Almohades, y aunque atacados por un cuerpo musulman que guardaba una de las fronteras, se apoderan de la fortaleza de Castro-Ferral; y cuando á poco más de la media noche del día 16 de Julio del año de 1212, los heraldos hacían oír las trompetas con el sonido de guerra, y cuando el Rey en persona al son de los atambores, manda empuñar las ballestas, ¿no veis en la division de vanguardia, unos hombres de atlética figura y de marcial continente, que impacientes por acomet-

ter y ganosos de batallar, son los primeros en el combate y los últimos en la retirada? Nó, no preguntéis quiénes son; son los hijos-dalgo de Madrid, la flor de su nobleza, que al mando del de Haro y en su division destrozán la media luna; son los que componen el tercio madrileño al frente del pendon que conduce D. Sancho Fernandez Cañamero; son Miguel de Lujan, Rodrigo Arias y García Ramirez, que comandando separados tercios, y llegando hasta la tienda de Miramamolín, rompen el parapeto de los diez mil negros que la defienden, é invulnerables á los golpes de los etíopes, vengan cumplidamente la derrota de Alarcos, alcanzando en las Navas la victoria más grande que registran las páginas de la historia. ¡Ah! sí, señores, los hijos de Madrid no pudieron entónces ménos de regocijarse, y los héroes que murieron en Alarcos, saltaron de sus tumbas bendiciendo á los que en las Navas abatieron aquella misma media luna, por cuya muerte valientes sucumbieron.

Pero demos un paso más: pasemos por alto otros acontecimientos no ménos grandes que aquilatan los timbres de su nobleza, solamente comparables con los timbres de su lealtad.

Un día pasaba por Herrera el hijo de Alfonso IX, con su madre D.^a Berenguela: D. Alvaro de Lara les prepara una horrorosa emboscada; pero él no había contado con que había pechos leales como los de los caballeros Suero y Alfonso Tellez, defensores de la augusta persona de sus Reyes: si ántes en Madrid asaltan los mismos su casa de campo, próxima al monasterio de San Martín, sus nobles les hacen pagar bien cara su osadía: si Fernando III quiere acabar con la morisma, el campo de Tablada vió el arrojo del tercio Madrileño, y Vargas Machuca probó otra vez, que más vale morir honrado que vivir vencido: si Alfonso XI los derrota en el Salado y en Algeciras, los hijos de Mahoma probaron el temple de los nobles de Madrid, al mismo tiempo que su lealtad á sus Reyes: lealtad muy cara para Don Juan Nuñez de Prado, á quien costó la vida su adhesión y respeto á la reina D.^a Blanca, esposa de D. Pedro el Justiciero: lealtad probada y reconocida por sus mismos enemigos: que lo diga el comportamiento de Vargas en su defensa de la puerta de Guadalajara; que lo diga Hernán San-

chez, negándose á salvar su vida si no se salvan las de sus hermanos; que lo digan los campos de Montiel y hasta el mismo D. Enrique de Trastámara, que no vió entre sus adictos á ningún hijodalgo de Madrid, hasta su público reconocimiento.

Señores : es preciso concluir, porque seria abusar de vuestra indulgente atencion recorrer uno por uno los pasos todos de esta Corporacion ilustre, para por ellos y con ellos comprobaros su nobleza. Ellos salvaron á D. Juan I en Aljubarrota, cuando Pedro Gonzalez, noble madrileño, le llevó en su caballo hasta Santaren, once leguas distante de aquel punto : contuvieron las ambiciones de la regencia de D. Enrique III el Doliente; triunfaron con D. Juan II en Antequera; valientes recorrieron la vega de Granada, Higuera y el Olmedo; defendieron los derechos de la primera Isabel; arrojaron de su alcázar las tropas del marqués de Villena : con su compañía, llamada de Escaladores de Madrid, contaban por triunfos sus batallas. Cartama, Ronda, Loja, Málaga y Granada admiraron su valor; Nápoles, el Africa y la América les vieron hacer prodigios. Los nobles de Madrid lucharon en Flandes y en Italia con Carlos V : Martin de Vargas en el Peñon de Argel con un puñado de hombres, batía cincuenta navíos y cinco mil soldados africanos, muriendo despues en el bárbaro martirio que le ofreciera Barba-Roja por no abjurar la Religion de sus mayores. San Quintín, Oran, Mazalquivir, Malta, Lepanto, Portugal.... Basta, señores, una palabra no más : hijos de la verdadera nobleza, allí estaban donde aquélla les mandaba practicar la virtud, y defendieron á sus Reyes en la guerra; y salvaron á los pueblos en las públicas calamidades; y dieron proteccion al desvalido en la fundacion de colegios y hospitales; y en todo, en todo, probaron la verdad que guarda el lema de su escudo, que la nobleza tiene por compañera inseparable la más acrisolada virtud.

Verdad es, señores, que fueron enriquecidos con muchos privilegios; pero hay sobre todos ellos uno, á mi juicio el más grande, y este es, el que ellos se han sabido alcanzar entre los pueblos que los admiran, y haber producido de su seno nueve mártires para la Religion, cincuenta y siete Prelados para la Iglesia, y más de doscientos treinta y ocho

escritores públicos y hombres eminentísimos en las armas, en las letras, en las ciencias, en la administracion, en la política, en la gobernacion de los Estados, en la representacion de los pueblos y en los ramos todos del saber humano.

Tantas glorias necesitaban, señores, un complemento. En la corona inmortal que ciñe esta Corporacion Ilustre faltaba, señores, una preciosísima piedra, y se la puso la noble, la magnánima, la inolvidable D.^a Isabel II de Borbon, madre augusta de nuestro esclarecido monarca, constituyéndole su Patrono, cuando tierno niño era Príncipe de Asturias.

¡Ah! sí. A aquella nobilísima Reina estaba reservado recompensar de un modo digno de su grandeza los incomparables merecimientos de este Ilustre Colegiado Cuerpo de la Nobleza Madrileña: ella misma se erige en su supremo Jefe, y le da por Protector augusto al que era entónces la esperanza más halagüeña para España, y hoy en la realizacion de aquélla, su gozo, su contento y su mejor corona. Muchos eran, es verdad, sus méritos, pero no pudo ser más grande la recompensa; se dió á ellos á sí misma en la Suprema Jefatura del Cuerpo: le dió al hijo de su alma en su Protectorado: muchísimos son sus timbres, ninguno como este timbre; muchísima su gloria, ninguna como esta gloria, siendo como es la primera corporacion nobiliaria que se honra con el augusto Príncipe que constituye su amor y más fiel adhesion, y á quien rinde contenta el homenaje de su respeto (1).

Por eso y por vivir cobijado bajo su manto paternal, consagra hoy estos religiosos cultos, con el doble objeto de conmemorar las virtudes de su angelical Patrono el Santo Arzobispo de Toledo, y para dar gracias al cielo en los mismos dias de su augusto y soberano Jefe D. Alfonso XII de Borbon, Rey católico de España.

Gloria, pues, á tan ilustre y esclarecido Cuerpo: gloria á sus denodados ascendientes, que inspirándose en la virtud, con ella realzaron su nobleza; mil veces mil pisotearon valientes los estandartes de la media luna, que la insultaban, postrándose despues contritos y humillados ante la misma

(1) Palabras textuales que están consignadas en su historia.

Cruz, que fué su guarda en los combates y su bienhechora en la paz. *Ex virtute nobilitas*, dice ó se lee en el escudo de sus armas: por eso con aquélla engrandecieron ésta, del mismo modo que aquél con su nobleza dió realce poderosísimo á su virtud. Alabemos, pues, al gloriosísimo Ildefonso y á este Cuerpo Colegiado de la Nobleza Madrileña, iniciado en los tiempos de D. Alfonso VI, constituido en los de D. Alfonso VIII, premiado y apreciado por todos los Reyes, más engrandecido por la segunda Isabel, y esplendente hoy bajo el cetro de D. Alfonso XII, como á los varones ilustres, hombres grandes en virtud y adornados de prudencia, y que adquirieron gloria en medio de las generaciones, y en sus días son tan celebrados. *Laudemus viros gloriosos..... homines magni virtute, et prudentia sua præditi..... omnes isti in generationibus gentis suæ gloriam adepti sunt, et in diebus suis habentur in laudibus.*

He concluido.

Una palabra y no más.

Excmos. Sres., Ilustres Colegiados, oid mi pobre voz:

Seguid con vuestras obras dando brillo á la altísima institución que tan dignamente representais. Todo en la tierra se resuelve en el fondo de la fantasía; los más preciados tesoros son sombras fabricadas por la fortuna, ave ligera de pintadas plumas que no se para dos veces en un mismo punto: y todas las grandezas humanas, cuando más, no son otra cosa que humos ambiciosos del tiempo y frenéticas ostentaciones del hado. En trono de estrellas deben sentarse, y con rayos del sol engastar sus coronas, los que no pueden ser tachados con ningún defecto. El que así viva, adornará su tumba con la justicia; y erigirá para sus cenizas la pirámide más gloriosa que ha sabido construir la virtud.

Sed nobles como vuestro angelical Patrono; imitad sus virtudes y con esto basta; no sólo para vuestro bien eterno, sino para que teniéndole propicio, le supliqueis hoy pida al Eterno una bendición para la Iglesia universal, y su inmortal Pontífice; otra para nuestra España y su augusto y esclarecido Monarca, también vuestro Patrono y eupremo Gefe; otra para el Episcopado católico, otra para vuestro Ilustre Colegio; otra para todos los aquí congrega-

dos; bendicion, que haciéndonos obrar bien en la tierra, complete nuestra santificacion en el cielo.

Santo mio, oid nuestra voz; y por prenda de vuestra proteccion alcanzadnos del Señor la gracia: para que siendo nuestra vida como la vida del Justo, sea nuestra muerte el último escalon que subamos de ella, donde, descansando, tomemos aliento para emprender la jornada á la Sion celestial, que yo os deseo por los siglos de los siglos. Amén.

O. S. C. S. R. E.

